

MAL

Ver: *Ética / Moral / Bien / Libertad / Dios creador*

Sobre maniqueísmo y mazdeísmo:

«Y es que con el ropaje del mito, Mani expone una idea que ya no es mítica: el bien y el mal son dos sustancias y dos causas.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 240]

•

«Todas estas formas de dualismo se hallan montadas sobre la idea de que el bien y el mal son sustancias. La filosofía griega ha concebido a veces el mal no tanto como sustancia sino como *principio sustancial*.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 243]

•

«Por donde quiera que se le tome, como maleficio, como malicia o como maldad, el mal tiene su razón de ser en estar ordenado precisamente a un bien superior. Es una voluntad permisiva, pero anclada en una voluntad de beneplácito de un bien superior. Y esta superioridad es lo que constituye precisamente la razón de ser del mal.

La voluntad permisiva del mal no es, desde el punto de vista biográfico y histórico, sino la voluntad de beneplácito con que el hombre tiene que tender a un bien plenario de su propia sustantividad, en forma biográfica y en experiencia histórica.

Ahora, ¿se limita Dios a aceptar con beneplácito el bien y a permitir con voluntad permisiva el mal? Podría haber sido así. Pero, de hecho, no ha sido así. Dios no se ha limitado en su voluntad a deponer su beneplácito en el bien y a permitir el mal, sino que ha querido incorporarse personalmente al curso de la vida y de la historia humanas. Naturalmente, esto excede ya de los límites de la metafísica. Es precisamente el orto del cristianismo.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 312-313]

•

«Decir que el mundo es así o de esta otra manera, que se piensa, se dice, se siente o se quiere así, no es decir que cada uno de los individuos que están en el mundo piense y quiera así. Ni tan siquiera bastaría con decir que lo piensa la mayoría, porque no es lo mismo la *volonté générale* que la *volonté de tous*.

Pero como quiera que sea, si no hubiese una inmensa mayoría de hombres que admitieran esos principios, los principios dejarían de ser tales. Y precisamente esto es lo que acontece. En la medida en que el poder del mundo, como poderío, se detiene ante las fronteras de la libertad de cada cual, esta voluntad puede declararse conforme o disconforme con el mundo que vive; conforme o disconforme, tanto con el espíritu del bien como con el espíritu del mal.

Y naturalmente que una volición, un βούλημα, si es repetido por muchos, va adquiriendo volumen y acaba por mundanizarse, esto es, acaba forzosamente por cambiar el mundo mismo; ya son otros los principios. Es justamente la Historia. Con lo cual no quiero decir ni remotamente que el sujeto propio de la Historia sea el Mundo. No lo creo.

El sujeto propio de la historia es la realidad social, el cuerpo social. Ahora bien, el cuerpo social, en tanto que entidad histórica, lleva consigo aparejado un cambio de mundo. [...]

De esta suerte, la voluntad de cada cual, la libertad de cada cual va inscribiéndose en el mundo, cernida por el poder del bien y del mal, en conformidad o disconformidad con ese bien y ese mal. [...]

La Humanidad, en el curso de la historia, va modificándose, y va cobrando entonces caracteres distintos, esto que llamamos el bien y el mal, la bondad y la maldad como principios del espíritu del mundo.

En definitiva, pues, la historia está compuesta de estos tres vectores: el vector de la bondad, el vector de la maldad y un vector de progresión. Ésta es, en su positividad, la cuarta forma de promoción del mal. ¿Cómo se va a decir que el mal como principio es meramente privación?

Tiene un carácter intrínseca y formalmente positivo. Positivo, pero nada más que como condición. Pero como condición es real, es una condición real. No es ninguna propiedad real física más, pero es una condición.

La malicia comenzó por ser una instauración del mal como poder en mi voluntad, siguió siendo una inspiración del mal en otro, en forma de malignidad, y termina instaurándose como principio, como maldad y principio del mundo.

Junto a esto, no que decir tiene, están los actos buenos, los actos de benignidad y de bondad, la estructura del principio de la bondad. Y en la estructura unitaria del bien y del mal como condición, y en tanto que condición, es en lo que consiste la realidad del bien y del mal; la realidad del mal como maleficio, como malicia, como malignidad y como maldad, en correlación con un beneficio, una bonicia, una benignidad y el espíritu del

bien. Así está constituida precisamente la marcha unitaria del hombre sobre la Tierra. Esta marcha es rigurosamente unitaria. Y en su intrínseca condición pende, como la unidad entera del mundo, de su causa primera, de Dios. ¿Cuál es la razón de ser del mal? ¿Cuál es la relación, si la hay, entre Dios, el mal y el bien del mundo? Es el tema del próximo capítulo.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 283-285]



«En definitiva, pues, por dondequiera que se toma la cuestión: por la estructura puramente metafísica, o bien por el relleno que esa estructura metafísica recibe por parte de la revelación que se nos ha hecho a la fe, el mundo nos aparece constitutivamente bueno. Como tal, Dios no es causa del mal, ni lo quiere ni lo acepta.

No solamente no lo quiere y no lo acepta, sino que únicamente lo permite, y por una ordenación a un bien superior, como voluntad de personalidad moral biográfica y como voluntad de experiencia moral histórica.

Y precisamente de ahí deriva la única actitud que el hombre puede y tiene que tomar ante el problema del mal. Intelectualmente, comprenderlo con toda su dificultad. Y desde el punto de vista de la práctica, hacer lo que hace Dios con el mal: Dios lo permite en vista de bienes mayores.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 319-320]



«Claro está, ustedes dirán que sobre esta descripción se cierne evidentemente el problema del mal. Ah, evidentemente. ¿Cómo es posible que Dios haya creado y por tanto amado el mal? A lo cual hay que decir que Dios no ha creado ni amado el mal. AL pecado, por lo menos a cierto tipo de pecado, llamó san Pablo *μυστήριον τῆς ἀνομίας*, el misterio de la iniquidad (2 Ts 2, 7).

Y, la verdad sea dicha, que ese misterio de la iniquidad, para lo que san Pablo decía, era verdad. Pero, sin embargo, no es la verdad radical. Porque la respuesta al problema del mal así planteado sería únicamente apelar a la voluntad permisiva de Dios. Y esto es una ruta, pero nada más que una ruta, porque para ser radicales incluso en esta línea haría falta decir, primero, en qué consiste y por qué existe una voluntad permisiva, y segundo, para qué existe una voluntad permisiva.

Ustedes me dispensarán que a la hora que es, y dentro del marco de estas lecciones, no entre en el problema del para qué, y me refiera simplemente al primero: ¿Por qué hay y en qué consiste la voluntad permisiva?

La voluntad permisiva de Dios se identifica con algo mucho más simple y sencillo que el mal mismo: con la creación de una libertad finita. El misterio radical del universo es la creación de una libertad finita. Como libertad que

es, es la participación formal en la soberanía entitativa y radical de la propia divinidad. Y Dios ha estimado (aquí es donde está el misterio y el arcano) que es mejor crear un ente infinitamente libre y soberano, aun a trueque de que haga el mal, que evitar el que haya mal, negando la existencia a entes que formalmente participen de la propia naturaleza divina. La voluntad permisiva es pura y simplemente una misma cosa que el hecho de querer la libertad finita, la libertad creada en cuanto tal.

y, por esto, tomada en su dimensión entitativa, la libertad no es simplemente una elección de bienes y males, sino la fuente de innovación que hay en el mundo.

El mundo (esa melodía que es el mundo) no está compuesto únicamente de las acciones y pasiones que inexorablemente emergen de la naturaleza de las cosas; está también compuesto de las innovaciones que la libertad creada va introduciendo en el mundo. Desde el punto de vista teológico, la libertad no es sino la causa segunda de la innovación del mundo.»

[Zubiri, Xavier: *Acerca del mundo*. Madrid: Alianza Editorial, 2010, p. 241-242]

COMENTARIOS

«Zubiri piensa que el mal pertenece al drama de la libertad humana y que hoy, aunque no se suele recurrir al diablo para explicarlo, sigue siendo justificado a base de fuertes prejuicios filosóficos.

La explicación metafísica del mal más habitual en la historia de la filosofía lo considera un momento de privación o de negatividad en las cosas, como si a éstas, supuestamente creadas por Dios, les faltara plenitud.

Zubiri quiere rebatir esta explicación. Al igual que Nietzsche, considera que la realidad está más allá del bien y del mal. El mal no es reductible en ningún sentido a pura negatividad o falta de perfección como se ha pretendido desde san Agustín a Hegel.

El bien y el mal no son propiedades o cualidades de las cosas reales, sino la condición de éstas para que el ser humano: sólo respecto al hombre hay bien y mal. La confusión entre moral y metafísica es la que ha llevado a calumniar al mundo sensible, como si éste estuviera atravesado de negación y por tanto de mal. Pero tampoco se puede pensar el bien y el mal, al modo de Max Scheler, como independientes de toda realidad.

Afirmar la independencia del valor respecto de la realidad es un ingente platonismo de la conciencia. Sin la presentación de las cosas mismas como reales, no habría valor. El mal surge en la interacción del ser humano con las cosas y siempre tiene una realidad física positiva, por ejemplo, el dolor que nos causa una determinada enfermedad o el torno del dentista.

Contra lo que pretende el dualismo, no hay cosas que sean buenas o malas en sí mismas, y tampoco en su relación con el hombre hay ninguna que sea

absolutamente buena o mala. Esto último depende de las ideas que se tengan sobre el hombre, la vida y la muerte.

Si uno cree que la plenitud del hombre es el bienestar del momento, puede pensar que el dolor que provoca el dentista es un mal; por el contrario, si cree que la plenitud es un bienestar durable, pensará que es un bien.

Esta relatividad afecta desde las cosas más nimias a las más sagradas. Así, unas personas pueden considerar el cristianismo como un bien y otras pensar que es un mal. Cf. Xavier Zubiri, *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial, 1992, p. 281.»

[Corominas, Jordi y Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri: la soledad sonora*. Madrid: Santillana, 2006, p. 630]



«Während ihrer Anwesenheit in Jerusalem stieß Hannah Arendt auf das Phänomen der Banalität des Mörders als Person. Mit dem dann geprägten Begriff der „Banalität des Bösen“ bezeichnete sie eine Dimension, die bis dahin wenig in den Blick genommen worden war: die vollständige Abwesenheit von Denken und damit auch von Gewissen und Selbstreflexion in der Person des Täters. Eichmann verkörperte für Arendt nicht die „Bestie Mensch“, als die er von Staatsanwalt Gideon Hausner dargestellt wurde.

Er schien ihr weder von persönlichem Hass getrieben, noch habe er seine Taten ideologisch legitimiert. Er war in Arendts Augen ein „normaler“ Typus des modernen Menschen, eines weltlosen Menschen, der den Bezug zu der von Menschen bewohnten Welt, als deren Teil er geboren war, verloren hatte und für den der einzige Halt in der gehorsamen Unterordnung unter die Befehle der nazistischen Bürokratie lag.

Mit ihrer Begriffsprägung wollte Arendt auf das Phänomen aufmerksam machen, dass das Böse sehr wohl Bestandteil einer unauffälligen Normalität sein konnte. Ein Massenmörder konnte unter normalen Verhältnissen ein „Hanswurst“ sein. Seine Taten mussten nicht niedrigen Instinkten entspringen. Er war möglicherweise ein ordentlicher Beamter und ein liebender Vater.

In der Kontroverse um ihren Prozessbericht antwortet sie Gershom Scholem auf seinen Einwand, dieser neu geprägte Begriff sei in „Schlagwort“:

„Ich bin in der Tat heute der Meinung, dass das Böse immer nur extrem ist, niemals radikal, es hat keine Tiefe, auch keine Dämonie. Es kann die ganze Welt verwüsten, gerade weil es wie ein Pilz an der Oberfläche weiterwuchert. Tief und radikal aber ist immer nur das Gute.“

Im Subtext ihres Berichtes verfolgt Arendt eine Fragestellung, die sie schon vorher beschäftigt hatte und auf die sie immer wieder zurückkommen sollte: Wie geht man mit dem Verschwinden von Verantwortung unter der totalen Herrschaft um? Wie kann Verantwortung rekonstruiert werden, wenn ihre Träger zu willenlosen Befehlsempfängern mutiert sind?»

[Grunenberg, Antonia: *Hannah Arendt und Martin Heidegger*. München: Piper, 2006, S. 384-385]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten